

# *Sacar la nariz del brazo: un remedio autoplástico\**

## *Sacar la nariz del brazo: an Autoplastic Solution*

SELENA SIMONATTI

Dipartimento di Lingue e Letterature Romanze  
Facoltà di Lingue e Letterature Straniere  
Università degli Studi di Pisa  
Via Santa Maria, 85- 56100 Pisa  
[s.simonatti@rom.unipi.it](mailto:s.simonatti@rom.unipi.it)

RECIBIDO: 30 DE AGOSTO DE 2010  
ACEPTADO: 8 DE SEPTIEMBRE DE 2010

**Resumen:** El artículo analiza la expresión *sacar la nariz del brazo* y discute su ocurrencia en la comedia *El doctor Carlino* de Góngora, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, en la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara. A partir de la individuación y reconstrucción del ámbito de su procedencia –los experimentos de reconstrucción quirúrgica de la nariz que se hicieron a lo largo de los siglos XV y XVI– se exploran las implicaciones de esta raíz histórico-cultural en el uso y fortuna de la expresión y se avanzan algunas hipótesis sobre su oscilación semántica.

**Palabras clave:** Nariz. Honra. Góngora. Bernal Díaz del Castillo. Francisco López de Gómara.

**Abstract:** This article analyzes the expression *sacar la nariz del brazo* that appears in Gongora's *El doctor Carlino*, in Bernal Díaz del Castillo's *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* and in Francisco López de Gómara's *Historia de la conquista de México*. By observing the connexions of this locution with the surgical techniques of rhinoplasty experimented in Europe during XV and XVI centuries, the author studies the implication of its cultural and historical roots and presents some hypotheses about its semantic oscillation.

**Keywords:** Nose. Honour. Góngora. Bernal Díaz del Castillo. Francisco López de Gómara.

## 1. LAS NARICES DE TANCREDO Y LA VASIJAS DEL COMENDADOR DE LUQUE

Está fechada en 1613 la pieza inacabada *El Doctor Carlino* de Luis de Góngora, representante de un estilo dramático-poético que se apoya en un amplio espectro de recursos retóricos destinados a cifrar el núcleo simbólico de la acción: el arte del disimulo.<sup>1</sup> Carlino reúne en sí los tópicos más arraigados de los médicos “matasanos”, engañosos y perversos que pululan por las páginas literarias del Siglo de Oro, aunque su gesto sinuoso llega a configurarse como una refundición extremadamente peculiar de materiales preexistentes, destacándose en el panorama de la sátira contra los profesionales de la medicina.<sup>2</sup> Su papel agente en la comedia se fundamenta en la capacidad de “fabricar” engaños y burlas a costa de los demás personajes. Como tal artífice, casi se limita a dirigir y orquestar la acción ajena, plasmando su *curso* con su *discurso* y vertebrando con sus palabras una locución imperativa y prescriptiva, en analogía formal con los instrumentos verbales del médico que, por definición, aconseja, guía, pronostica y suministra.

El campo semántico de la medicina y sus cruces con otros ámbitos pro-verbialmente afines –como el militar– ocupan un lugar preponderante en la comedia. No sólo el *doctus* Carlino adopta un lenguaje sectorial metafóricamente embebido de referencias médicas, sino que también otros personajes acuden al mismo sustrato semántico para mediar varios y distintos significados, aludiendo a un saber científico cuyo incuestionable depositario y aplicador magistral es el mismo Doctor. A uno de estos sustratos hace referencia Casilda cuando, al enterarse del engaño orquestado contra Táncredo, exclama:

¿De suerte, amigo, que dices  
que al Capricornio galán  
sacándole ahora están  
de su brazo las narices? (vv. 605-08)

Las dos metáforas de la traición –*Capricornio* y *narices*– se dan como equivalentes,<sup>3</sup> aludiendo a los cuernos inminentes de Táncredo, que Gerardo le va a construir gracias a la complicidad inconsciente de su víctima. Se apunta aquí al dinero que Gerardo le pedirá prestado al amigo para conseguir los favores de Lucrecia, su mujer. Al hacerlo, Táncredo se convierte en parte activa de la construcción de sus “narices”, como si estuviera “sacándoselas” solo.

Un año después de redactar la comedia, precisamente el 4 de septiembre de 1614, Luis de Góngora escribía desde Córdoba a Luis de Villegas y Ceballos, alcalde mayor de Luque, agradeciéndole las anguilas que le había ofrecido y rogándole que le enviara más alcaparras y cebollas. Aunque el tono amistoso y cordial de la carta no oscurece del todo el clima de “máxima inquietud” que se había difundido “cuando las opiniones en torno a las *Soledades* se estaban lanzando en la corte, y Lope señalando en ella como cabeza de la oposición” (Orozco Díaz 287), ciñámonos a las “necesidades epicúreas” de Góngora y leamos el pasaje relativo:

Tenga a vuesa merced por tan seguro, que a la hora que llegó su carta la esperaba [...]. Para tres jueves había en las anguilas. Háysase vuesa merced piadosamente con Marbella, que la queremos para más septiembres que el que ha entrado. No le valdrá a vuesa merced la excusa de vasija para las alcaparras, que nariz le sacaremos del brazo. Una tengo de vuesa merced, que sabe el camino de Luque, y así la envió con este mensajero para que socorra vuesa merced las pocas alcaparras que me quedan. (Góngora 2000, 7)<sup>4</sup>

La expresión “sacar narices del brazo”, aquí relacionada con una *vasija* y unas *alcaparras*, remite a la exigencia de encontrar un *remedio* para suplir una *falta*. La *excusa de vasija* que el gobernador de Luque debió aducir, lamentando haberse quedado desprovisto de ella, está prontamente solventada por Góngora, pero indirectamente ofrecida por el mismo Villegas a quien pertenece esa orza supletoria que “sabe el camino de Luque”. Las “narices” que Góngora le saca virtualmente del brazo son aquí un remedio fortuito para hacer frente a “la penuria de alcaparras” que lamenta sufrir el poeta. En cambio, la asociación de esas dos partes anatómicas, *nariz* y *brazo*, no parece ser tan fortuita, procediendo de un ámbito en el que, en un momento dado, esas dos “prominencias” del cuerpo humano estuvieron íntimamente relacionadas: la cirugía estética.<sup>5</sup>

## 2. EL “MÉTODO ITALIANO”

En la Europa del siglo XVI, cuando la pérdida de la nariz a causa de duelos o castigos solía ser una desgracia común, la cirugía y la medicina anatómica dirigieron su atención hacia la experimentación de técnicas de rinoplastia, cuyos beneficiarios debieron de ser en su mayoría nobles o burgueses adinerados que

Icon Decimaquinta.



podían pagarse una intervención de este nivel, aunque siempre existió la posibilidad de cubrir el defecto con narices postizas hechas “de una hoja de plata, de madera de tilo, de papel mascado, de cartón...” (Von Chelius 215), si bien semejantes prótesis tenían ciertas desventajas.<sup>6</sup> No es por casualidad que las prácticas quirúrgicas sobre la restitución de la nariz, en Europa, se desarrollaron en un área donde la ley bizantina, que desde muy temprano había incorporado semejante castigo a su estatuto, seguía haciendo “estragos de narices”: la Italia meridional. Sicilia y Calabria debieron de ser las zonas más afectadas por esa costumbre, puesto que fue allí donde médicos como los Branca, ya en

el siglo XV, y los hermanos Paolo y Pietro Viano, en el XVI, aplicaron y perfeccionaron el *método indiano* de rinoplastia —que consistía en la disección de un parte de piel sana de la mejilla o de la frente y de su implantación en la nariz— empezando a practicar el injerto a partir de un colgajo del brazo que, después de un tratamiento preparatorio, se aplicaba a la nariz mutilada.

Ese método braquial, llamado *método italiano*, gozó de la sistematización científica del cirujano boloñés Gaspare Tagliacozzi (1545-1599), considerado una pieza clave en el desarrollo de la cirugía plástica facial. En su famoso tratado *De Curtorum Chirurgia per Insitionem* (*Cirugía de las mutilaciones a través de los injertos*),<sup>7</sup> Tagliacozzi asociaba a la demostración pragmática de la intervención quirúrgica el lenguaje erudito del médico humanista, marcando un hito ineludible en el desarrollo de semejante operación. No obstante, sin rebajar la importancia de su papel, la fama europea de la restitución de la nariz se debe a los médicos calabreses Pietro y Paolo Viano, que instalaron en Tropea (Reino de Nápoles) el más famoso gabinete de cirugía estética del continente. La ciudad se convirtió en una meta concurrida por desnarigados esperanzados en recuperar su integridad facial, además de viajeros curiosos y ocasionales, médicos italianos y extranjeros que favorecieron con sus memorias y testimonios la propagación de la noticia de esta práctica quirúrgica.<sup>8</sup>

Por lo que atañe a la llegada de su fama a España, se remonta por lo menos a los años de actividad del cirujano Dionisio Daza Chacón (1510-1596) – el mismo que había atendido al “manco de Lepanto” – y que en su *Práctica y teórica de cirugía en romance y en latín* (1580 y 1595) afirma haber oído hablar, estando “en Nápoles, en servicio del serenísimo Don Iuan de Austria” que “auia en la Calabria vn cirujano que restauraua las narizes perdidas, o la parte dellas que faltaua” (278; libro 3, cap. 3: “De las heridas de las narizes”). Y a pesar de describir esa operación,<sup>9</sup> Daza Chacón confiesa rotundamente su perplejidad: “vereys quan errados andan los cirujanos que prometen que las narizes caydas las restituyan: porque ni puede ser obra de naturaleza, ni de cirugía” (278). Otro cirujano de la época de Felipe II, Juan Fragoso (1530-1597), en su *Cirugía Universal* describe el método italiano desarrollado en Calabria, expresando sus dudas al respecto de la seguridad y de la eficacia de la operación:

Y ai como sean de tanta importancia, no solamente para el prouecho del cuerpo; pero también para el ornato y buen parecer, ay algunos que procuran hazerlas de nuevo [las narices], digo de la misma materia que estauã formadas, como acostumbrã en Calabria, y en la Puglia Piana, regiõ de Italia, que confina con el mar Adriatico. Para la cual fajã aquella parte y dã vna cuchillada con vna nauaja à lo largo del braço, en lo mas carnoso, y metida alli la nariz, atan al braço la cabeça, sin que se pueda rebo- luer, y assi la tienen cuarenta, ò mas días; en los quales se entiende

que aurà crecido cantidad de carne, de la que cortan la que parece que sobra: y lo que sacan al cabo es una narizilla, y essa fea, como cuenta Falopio. Y concluye Ambrosio Pareo que es la obra possible, pero llena de mucha dificultad, assi para el enfermo como para el Cirujano, especialmente, que la carne que se repone del braço, tiene muy diferente temperamento dela carne de la nariz: y también porque no se pueden abrir los agujeros delas narizes como antes estauan. (Fragoso 39)

Icon Decimaſeptima.



El *método italiano* estuvo en boga y gozó de continuadores –así como de escépticos y detractores–<sup>10</sup> hasta entrados el siglo XVII, cuando se dejó de practicar por considerarlo grotesco e imposible, y la obra de Tagliacozzi cayó en el olvido y el desacuerdo más completos.<sup>11</sup>

### 3. DOÑA JUANA DE MANSILLA, “DOS VECES MANCILLADA”

Una de las primitivas ocurrencias del sintagma “sacar la nariz del brazo” debe de ser la que encontramos en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo (1496-1584) y que se repite en la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara (1511-1566?). Ambos cronistas refieren un episodio de ultraje a una mujer mexicana, Juana de Mansilla, azotada públicamente por resistirse a aceptar la noticia de la muerte de Hernán Cortés y de su mesnada, vaticinando su regreso y, así, el de su marido. Con el anuncio de la vuelta de Cortés, la mujer recupera su honor: para disolver las acusaciones de hechicería con las que había sido injustamente agraviada, la recién bautizada doña Juana de Mansilla es honrada como “matrona romana”, que para defender la verdad ha aceptado el abuso y el agravio. Leamos el pasaje:

la primera cosa qu’el tesorero hizo fue mandar honrar a Juana de Mansilla, que abía mandado azotar el fator por echi[zera], muger de Alonso Valiente. Y fue desta manera: que mandó a cavalgar a cavallo a todos los cavalleros de México, y el mismo tesorero la llevó a las hancas de su cavallo por las calles de México, e dezían que como matrona romana hizo lo que hizo, y la bolvió en su honra de la afrenta que el fator le había hecho, y con mucho regoçijo le llamaron desde aí adelante la señora doña Juana de Mansilla, y dixerón que era digna de mucho loor, pues no la pudo hazer el fator que se casase, ni dixese menos lo que primero abía [sic] dicho: que su marido y Cortés y todos éramos bivos. Y por aquella honra y don que le pusieron dixo Gonçalo d’Ocanpo, el de los libelos infamatorios, *que sacó don de las espaldas como narizes de braço*. (Bernal Díaz del Castillo 690, cap. 188)<sup>12</sup>

Del acto de pública restauración surgen los efectos esperados: la brujería es convertida en estoicismo, el agravio en honradez. Sin embargo, la expresión satírica de Gonzalo de Ocampo parece apuntar encubiertamente a la recons-

trucción de un honor artificial y por lo tanto insatisfactorio. Al comentarla en el *Glosario* anexo, el editor del código de la crónica hace hincapié en su extravagancia: “sacar narices de brazo. Frase tan disparatada como disparate es *Sacar don de las espaldas* [...], es decir usar el tratamiento de *don* quien carece del derecho o dignidad que lo acredita” (Barbón Rodríguez 2005b, 450). Dudo que este “don” tenga sólo que ver con una fórmula de tratamiento: lo que Juana de Mansilla saca de sus espaldas (azotadas y ultrajadas) son su honra y su “loor”, la dignidad que la injuria le ha paradójicamente “donado”, convirtiendo el ultraje padecido en la prueba fehaciente de su integridad moral. El paralelismo *don-narices* rebaja la grandeza de este peculiar provecho sacado de la infamia, quizás sugiriendo una reparación disimulada y la pervivencia de la deshonra. Gonzalo de Ocampo conseguía así vituperar a la mujer por segunda vez.

En sus notas al texto, el mismo editor, le reprocha a Genaro García, primer transcriptor del código de la *Historia verdadera*, cierta impericia filológica. Entre los errores que se le achacan, y que se considera oportuno restaurar, está el de haber erróneamente transcrito Juana de Manzilla (o Mancilla) en lugar de Juana de Mansilla (Barbón Rodríguez 2005a, 90). Puede que esta vez la escrupulosidad del filólogo rebaje el interés de la pervivencia de una errata, ya que la *emendatio* del onomástico “derivativo” de la mujer cubre, o por lo menos suaviza, el barniz encomiástico –o satírico según Gonzalo de Ocampo– que fundamenta la honra verdadera –o ficticia– de doña Juana. La *mancilla*, en su doble acepción de “mancha (deshonra, desdoro)” y “llaga o herida que mueve a compasión” [RAE] es clave del doble sentido del episodio –y no la *mansilla* (¿hipocorístico de mansa o mansueta, “de condición benigna y suave”? [RAE]), que al contrario no reflejaría la condición infamada y “restituída” de la mujer.<sup>13</sup>

#### 4. UN “REMIENDO DEL MISMO PAÑO”

Caída en desgracia como práctica científica y traspasada a una dimensión legendaria, la restitución quirúrgica de la nariz cuajó –en España– en una expresión idiomática que remitía, en líneas generales, a un remedio autoproducido, es decir proporcionado por el mismo sujeto a quien se iba a suministrar. Para decirlo con Gerardo, que da enseguida muestras de haber aprendido la lección de disimulo que le ha dado el Doctor Carlino, mejor que el *engaño* sea del mismo *pañó*, donde la conjunción de origen y resultado favorece la autenticidad y el buen fin de la operación:



él [Tancredo] las pague, porque entiendo  
se disimula un remiendo  
mejor que si es del mismo paño. (vv. 258-60)

El remedio *in extremis* que Góngora, en su carta, propone como un *coup de théâtre* o un arte de magia es a todas luces otro *remiendo* del mismo *pañó*, ya que corrige una pérdida o una imposibilidad, ofreciendo una solución viable a partir de su destinatario. Finalmente, también doña Juana saca de sí un “remiendo”, pues su deshonor ha originado su “don” (*sacar don de sus espaldas*) en igual medida en que de su resistencia estoica ha sacado su agravio (*narices del brazo*). En este caso, como lo hace notar malévolamente Gonzalo de Ocampo, la perspectiva no es única y todo depende según la intención con la que se juzga.

A pesar de esta lectura plana y literal, que hace hincapié en la doble función –activa y pasiva– del sujeto que se saca un remedio (a pesar) de sí mismo, me inclino a creer que la expresión no quedó totalmente desprovista de una implicación moral, procedente del trasfondo histórico y médico en el que se gestó. El valor de la integridad moral y sexual de las narices se suele considerar como una de las simbologías más emblemáticas de esta parte anatómica. Desde luego, el interés renacentista por la perfección física, que trajo como resultado el impulso de los estudios anatómicos, tenía como fondo conceptual la idea de un cuerpo armónico, cuya expresión primera era la cara, “mapa fiel” de la salud física y moral del individuo. Lo subraya también Tagliacozzi en su tratado, dedicando varios capítulos a la “dignidad” de las distintas secciones del rostro, prueba de que la restitución de una parte tan destacada como la nariz se sustentaba, a nivel simbólico, en un evidente fondo social.<sup>14</sup> Este fondo social entroncaba también con el valor erótico afirmativo o negativo de la nariz, en sus variados matices de virilidad, impotencia, cuernos y adulterio: su ablación representó desde muy temprano una “castración” vejatoria, que suplantaba eufemísticamente la prohibición fisiológica de la sexualidad.<sup>15</sup> Los campos semánticos de la deshonor y de la sexualidad encontraron en el ámbito médico-anatómico una nueva reformulación, precisamente allí donde la reconstrucción de la nariz significó la restitución de la honra, la cancelación de la ofensa y la reimplantación del individuo en la sociedad, con su nueva integridad física y moral.

Ahora bien, el retroceso y el desprestigio de la rinoplastia, el escepticismo con que la describieron los cirujanos españoles y su progresivo confinamiento en un territorio verbal y mítico son factores que posiblemente influyeran en el sentido que adquirió la expresión, prevaleciendo el matiz algo despectivo e iró-



nico de ‘recurso improvisado o fortuito’ que insinuaba lo ocasional o lo pos-tizo, o incluso un ‘remedio de no muy acabada perfección’. Todos los personajes que se han podido ver en los casos citados pierden de alguna manera su honor y todos, en cierta medida, lo recuperan, aunque para algunos no se trate de una restitución auténtica: son “narices” bien distintas las que le “reconstruye” Gerardo a Tancredo (los *cuernos*), después de habérselas extirpado idealmente (la *virilidad*) cometiendo adulterio con su mujer; es un remedio improvisado, si bien eficaz, la vasija que Góngora se acuerda haber guardado en su casa; es algo imperfecto y fortuito el “don” que se saca Juana de Mansilla de sus espaldas, según la perspectiva satírica del libelista. Todos esos remedios, sin embargo, nacen de medios que ofrecen sus mismos donantes, los cuales resultan, a fin de cuentas, inconscientemente perjudicados por ellos: Tancredo por su *dinero*, Luis de Villegas porque ya no le valdrá “la excusa de vasija para las alcaparras”, doña Juana por su *resistencia estoica*. Su acción tiene como denominador común el hecho de “autoinjertarse un remedio” del que no sacan un provecho efectivo, sufriendo respectivamente una traición sexual, una rectificación verbal y una afrenta pública: Tancredo le permite a su mujer que lo traicione, Luis de Villegas le permite a Góngora que reivindique las alcaparras que había excusado enviarle, y doña Juana, que oficialmente saca provecho de sus espaldas (los azotes, el agravio, la *mancilla*), bajo el prisma irónico de Gonzalo de Ocampo, no saca sino un consuelo pequeño e insatisfactorio, un beneficio relativo que le devuelve sólo aparentemente lo que injustamente le habían quitado.<sup>16</sup>

##### 5. “Y SIEMPRE LE QUEDABA EL BRAZO SANO...”

Finalmente, para concluir este breve recorrido, me gustaría llamar la atención del lector sobre un soneto burlesco atribuido a Cervantes que bien podría entroncar con los temas afrontados hasta aquí por una mención que en él se hace de un espadachín diestro en rebanar narices:

*A un ermitaño*

Maestro era de esgrima Campuzano,  
de espada y daga diestro a maravilla,  
rebanaba narices en Castilla,  
y siempre le quedaba el brazo sano:  
quiso pasarse a Indias un verano,

y vino con Montalvo el de Sevilla;  
 cojo quedó de un pie de la rencilla,  
 tuerto de un ojo, manco de una mano.  
 Vínose a recoger a esta ermita  
 con su palo en la mano y su rosario,  
 y su ballesta de matar pardales  
 y con su Madalena que le quita  
 mil canas, está hecho un san Hilario  
 ¡ven como nacen bienes de los males!

Sin adentrarnos en la cuestión de su paternidad,<sup>17</sup> lo que me importa destacar del soneto es que en la descripción de este ermitaño picaresco y fanfarrón, con su pasado glorioso de maestro de esgrima, podría albergar una referencia en la que late más de un siglo de prácticas quirúrgicas sobre la restitución de la nariz. Campuzano –al que no hay por qué relacionar con el protagonista del *Casamiento engañoso* y, a su vez, personaje del *Coloquio de los perros*–, antes de rendirse a la fortuna y entregarse a su destino de retraído, ha sido tan diestro en el manejo de la espada que en su carrera de espadachín siempre se ha quedado exento de posibles lesiones al brazo. Prescindiendo de las connotaciones sexuales que encubren el binomio narices/brazo y el desliz semántico espadachín/rufián (*germ.*),<sup>18</sup> la parte de cuerpo ilesa que Campuzano puede ostentar, la que hace su gloria y la desgracia de muchas de sus víctimas, aludiría también a los intentos fallidos de todos sus antagonistas de “rebanarle” a él las narices. El salto semántico estaría permitido por la conexión emblemática de *narices* y *brazo* hasta aquí tan profusamente evocada. El sobrentendido de la restitución quirúrgica de la nariz, a la que Campuzano no debió de recurrir nunca en su vida, se ha de quedar como posibilidad hasta ahora inexpresada.

## Notas

- \* Estas páginas nacieron por casualidad, a raíz de una curiosidad lingüística que despertaron en mí las profesoras Blanca Periñán y Giulia Poggi en un día de mayo pisano. A ellas va mi agradecimiento por haber sido los móviles de la presente investigación y a ellas está dedicado este trabajo.

1. Sobre la trama lingüística y retórica de la comedia, véase Dolfi 1997 y 1993.
2. Una “radiografía” de este personaje deja al descubierto un denso trasfondo histórico-filosófico que se caracteriza por cierta cristalización dogmática de la enseñanza –y de la práctica– de la medicina, como efecto forzoso del clima de general retroceso contrarreformista.
3. Véase el comentario de Dolfi 1993, 266 (notas 599-608).
4. En la transcripción de Millé las referencias a las alcaparras y a las narices son idénticas, a pesar de las discrepancias que hay entre las versiones de las dos cartas (Góngora 1951, 900-01). Para el estudio y la edición de esta carta es imprescindible el trabajo de Dámaso Alonso 1982, 399-421.
5. A ella parece remitir indirectamente Dámaso Alonso en el estudio citado, cuando dice: “del mismo Tancredo proceden los 100 escudos que sirven para afrentarlo, como a un desnarigado a quien el que desnarigó le saca del brazo carne para ponerle unas nuevas narices” (408).
6. “No se disimulan tanto” admite Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, a las voces “Actisanes” y “Desnarigado”). El astrónomo sueco Tycho Brae (1546-1601) fue uno de los primeros en usar una prótesis para cubrir la pérdida de la nariz: era de plata, diseñada por el mismo.
7. Venecia, 1597; reimpr. Francoforte, 1598. Las láminas que se reproducen están sacadas de la primera edición de la obra de Tagliacozzi.
8. Sobre la incidencia de la literatura de viajes en la circulación europea de la fama de los Branca y en particular de los Vianeos, véase Monga. A propósito de Tropea como “meta de la rinoplastia”, véase Simonatti (en prensa).
9. Aunque no se desprenda claramente de ella si Daza Chacón fue testigo presencial o recogió las noticias que circulaban: “Quitaua todo lo calloso, como se quita quando curamos las curtas de los labios, o de las orejas, y luego en el morzillo del braço yzquierdo con vna nauaja a lo largo del braço, daua vna cuchillada tan larga, quanto auia de ser la nariz, y hazia que metiesen alli la nariz, y ataua al braço la cabeça, demanera [sic], que de ninguna manera se podia reboluer, y assi los tenia quarenta dias, en los quales entendia que ya auria crecido en la nariz quantidad de carne, de la qual quitaua con vna navaja lo que sobraua de la carne, y dexaua la nariz en tal forma que se echaua poco de ver la falta que tenia” (278).
10. Como el italiano Gabriele Falloppio (1523-1562) y el francés Ambroise Paré (1509-1590), recordados por Fragoso. Fue sobre todo el primero quien movió las críticas más rotundas, subrayando la falta de garantías

- absolutas del éxito de la operación y haciendo hincapié en el largo período de inmovilidad al que estaba obligado el paciente. Ambroise Paré fue uno de los primeros cirujanos en usar prótesis nasales.
11. Sobre sus antecedentes y desarrollo hasta Tagliacozzi, véase Joseph (213-23).
  12. El subrayado es mío. Francisco López de Gómara relata el episodio resaltando la involucración de Cortés en la restauración de la honra de la mujer, quizás en línea con su concepción caudillista de la conquista: “Juana de Mansilla, mujer de Juan Valiente, dijo que Cortés era vivo: vino a oídos de Gonzalo de Salazar, y mandóla azotar por las calles públicas y acostumbradas de la ciudad: dislate de tirano. Mas Cortés cuando vino restituyó a esta mujer en su honra, llevándola a las ancas por México y llamándola doña Juana; y en unas coplas que después se hicieron, a imitación de las del Provincial, dijeron por allá que le habían sacado el don de las espaldas, como narices del brazo” (266; cap. 173).
  13. Curiosamente Lorenzo Palmireno en *El estudioso cortesano* se refiere a la expresión como a un disparate: después de aconsejarle al “estudioso lector” que lea los libros “con pluma en mano” y que “en hallar cosa bien encarescida” la apunte en su cartapacio y la traduzca, añade que “si lees la historia de Indias de Francisco Lopez de Gomara pondera la descripción del rostro de Luy Colon: y quando dize; *Como estauan, bazia riça en ellos la artillería; quedo por ellos el pelear; y por los nuestros la uictoria. Saco don Hernando Cortes a Ioana Marzilla el don de las espaldas, como narizes del braço*. Dislate que no lo hiziera un modorro” (174). El subrayado es mío.
  14. En el primer libro Tagliacozzi diserta sobre la gracia, el honor y la belleza de la cara: véase los capítulos II (*De dignitate faciei*), V (*De narium dignitate*), VI (*De narium dignitate secundum philosophos et medicos*), IX (*De labiorum dignitate, et compositione*) y X (*De dignitate aurium, et carum constructione*).
  15. En el área geográfica del subcontinente hindú, donde se practicaba el *método indiano* de rinoplastia, la ablación de la nariz era, desde tiempos inmemoriales, el castigo típico infligido a los adúlteros. También lo era para la ley bizantina que lo empleaba como venganza política para reyes destronados, y que no tardó en extenderse a adúlteros y violadores hallados infraganti. Sobre la simbología erótica y moral de la nariz, véase el largo *excursus* bibliográfico de Monga (388-89).
  16. En una línea semántica similar se sitúa este pasaje de *Las seiscientas apotegmas* de Juan Rufo (91, n. 241): “Perdió un soldado mil reales sobre una

cadena que pesaba mil y quinientos. Y como la acabó de vender por el peso y pagar la deuda, quedándose con los quinientos reales en las manos, llegó otro amigo suyo que no sabía el caso y díjole: –Rico estáis, señor fulano; buen dinero es ése–. Respondió: –No son dineros los que veis, sino narices sacadas de brazos–”. El cuentecillo también se puede leer en la *Floresta española de agudezas* recopilada por Francisco Asensio en 1730 (55; cap. 3).

17. Vicente Gaos lo recoge en su edición de las *Poesías Completas* (396). Avallé-Arce lo atribuye a Cervantes, sin dejar de anotar otro autor posible, Diego Hurtado de Mendoza; discute ambas atribuciones, propendiendo por esta última, Díez Fernández (63-67 y 71-73); finalmente, defiende la paternidad de Cervantes, Laskier Martín (85-88, 207 y 249).
18. Las pone en relieve Díez Fernández (65-66).

#### Obras citadas

- Alonso, Dámaso “La carta autógrafa más antigua que conservamos de Góngora (edición y comentario)”. *Obras Completas*. Vol. 6. Madrid: Gredos, 1982. 399-421.
- Avalle-Arce, Juan Bautista. *Enciclopedia cervantina*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
- . “Atribuciones y supercherías”. *Suma cervantina*. Eds. Juan Bautista Avalle-Arce y Edward C. Riley. London: Tamesis Book Limited, 1973. 399-409.
- Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España: manuscrito Guatemala, I: Texto*. Edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez. México, D.F.: El Colegio de México/Servicio Alemán de Intercambio Académico/Universidad Autónoma de México/Agencia Española de Cooperación Internacional, 2005.
- Barbón Rodríguez, José Antonio. “Fuentes de la *Historia Verdadera*: manuscritos”. STET. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España: manuscrito Guatemala, II: Estudio*. Edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez. México, D.F.: El Colegio de México/Servicio Alemán de Intercambio Académico/Universidad Autónoma de México/Agencia Española de Cooperación Internacional, 2005a. 43-94.

- . “Glosario de la *Historia Verdadera*”. Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España: manuscrito Guatemala, II: Estudio*. Edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez. México, D.F.: El Colegio de México/Servicio Alemán de Intercambio Académico/Universidad Autónoma de México/Agencia Española de Cooperación Internacional 2005b. 253-491.
- Cervantes de Saavedra, Miguel de. *Poesías completas*. Ed. Vicente Gaos. 2 vols. Madrid: Castalia, 1981.
- Contreras, Alonso de. *Derrotero universal: autobiografías de soldados*. Ed. José María de Cossío. BAE 90. Madrid: Atlas, 1956. 145-248.
- Covarrubias Horozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Eds. Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2006.
- Daza Chacón, Dionisio. *Práctica y teórica de cirugía en romance y en latín. Segunda parte: que trata de las heridas en general y en particular*. Madrid: Impreso por la viuda de Alonso Martín, 1619.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España: Manuscrito Guatemala*. Ed. José Antonio Barbón Rodríguez. México: UNAM, 2005.
- Díez Fernández, José Ignacio. *Tristán de Leonís el joven: Sevilla, Dominico de Robertis, 1534: guía de lectura*. Alcalá de Henares: Centro Estudios Cervantinos, 2004.
- Dolfi, Laura. “Introducción”. Luis de Góngora. *Teatro completo*. Ed. Laura Dolfi. Madrid: Cátedra, 1993. 9-26.
- . “*El Doctor Carlino*: análisis stilística”. *De Góngora a Góngora: Atti del Convegno Internazionale (Verona, 26-28 de octubre de 1995)*. Ed. Giulia Poggi. Pisa: ETS, 1997. 131-49.
- Floresta española de agudezas, motes, sentencias y graciosos dichos de la discreción cortesana*. Recogidos por Francisco Asensio. Madrid: Ediciones Atlas, 1943.
- Fragoso, Juan. *Cirugía Universal: obra nuevamente añadida con todas las dificultades, y cuestiones pertenecientes a las materias de que se trata*. Madrid: Carlos Sánchez, 1643.
- Góngora, Luis de. *Obras completas*. Eds. Juan Millé y Giménez e Isabel Millé y Giménez. Madrid: Aguilar, 1951.
- . *Teatro completo*. Ed. Laura Dolfi. Madrid: Cátedra, 1993.
- . *Epistolario completo*. Ed. Antonio Carreira. Concordancias Antonio Lara. Zaragoza: Libros Pórtico, 2000.

- Joseph, Jacques. *Rhinoplasty and Facial Plastic Surgery*. Phoenix: Columella Press, 1987.
- Laskier Martín, Adrienne. *Cervantes and the Burlesque Sonnets*. Berkley: University of California Press, 1991.
- López de Gómara, Francisco. *Historia de la conquista de México*. Prólogo y cronología de Jorge Gurría Lacroix. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Monga, Luigi, “Odeporica e medicina: i viaggiatori del Cinquecento e la rinoplastica”. *Italica* 69.3 (1992): 378-93.
- Orozco Díaz, Emilio. *Introducción a Góngora*. Barcelona: Crítica, 1984.
- Palmireno, Lorenzo. *El estudioso cortesano, añadido al proverbiador y cartapacio*. Alcalá de Henares: en casa de Juan Íñiguez de Lequerica, 1587.
- Rufo, Juan. *Las seiscientas apotegmas*. Ed. Alberto Blecua. Madrid: Espasa Calpe, 1972.
- Simonatti, Selena. “*Ir a Turpia*: un viaje reparador en *La entretenida* de Cervantes”. *Anales Cervantinos* 42 (2010): 359-66.
- Tagliacotii, Gasparis. *De curtorum chirurgia per insitionem, libri duo*. Venetia: Apud Robertum Meietum, 1597.
- Von Chelius, Maximilian Joseph. *Tratado completo de cirugía*. Trad. Antonio Sánchez de Bustamante. Madrid: Viuda de Calleja e Hijos, 1844.